

APARICIÓN DE CRISTO RESUCITADO A SU “BENDITA MADRE”

En la Tercera y Cuarta Semanas de los Ejercicios todo está enfocado al misterio Pascual. Pero puede parecer extraño que entre tantas contemplaciones de la última semana, san Ignacio no señale expresamente una sobre la resurrección del Señor. Tampoco los evangelios consignan directamente la resurrección del Señor. En cambio, empieza por las “apariciones”¹ del Resucitado, en primer lugar, a la Santísima Virgen.

La razón la da indirectamente él mismo cuando anota que en la Resurrección, *“la Divinidad, que parecía esconderse en la pasión, parece y se muestra agora tan miraculosamente en la sanctísima resurrección, por los verdaderos y sanctísimos efectos della”* [223]. Y los santísimos efectos de la Resurrección de Cristo, además del oficio de consolar del Resucitado, son fundamentalmente las llamadas ‘apariciones’, presentadas como testimonios de la nueva vida de Aquél que fue crucificado y resucitado.

La resurrección es ciertamente la realidad que da consistencia a las apariciones ; pero es por medio de éstas como la misma resurrección llega hasta los testigos que participan de ella. A los discípulos sobresaltados y asustados que creían ver un fantasma, Jesús les arguye la realidad de su nueva presencia con pruebas palpables (Lc 24,41).

Así, en el título del nº [299], une las dos cosas: *“De la Resurrección de Christo nuestro Señor; de la primera aparición suya”*. En este número de los Ejercicios, curiosamente señala un primer punto y luego no pone más. Este único punto responde al doble título (la resurrección de Cristo y su primera aparición). Significa que la aparición a María (santísimo efecto) es la mejor prueba (de la causa) de la resurrección de su Hijo de la que nada pone expresamente.

En el texto que los Ejercicios ponen sobre esta aparición [218], el primer preámbulo [219], lo dedica a la ‘historia’, que aquí reviste un significado curioso. No se refiere al hecho histórico sucedido y narrado en el evangelio (como en los otros preámbulos sobre la ‘historia’) sino a lo que la tradición popular cristiana (y con ella Ignacio) pensó que debió ocurrir -como historia- después de la muerte de Jesús.

El segundo preámbulo (composición viendo el lugar), antes de ver la casa de nuestra Señora, manda ver el santo sepulcro (supuestamente vacío), implícita

¹ “El término ‘aparición’ es muy peligroso: en nuestra mentalidad evoca rápidamente la idea de un fantasma. Hablar de ‘manifestaciones’ de Jesús sería más exacto [este término se encuentra en Mc 16,12 y Hch 10,40]”. (...) Jesús se dejó ver” (...) Si no queremos cometer graves errores de interpretación, tenemos que dejar de lado su aspecto excesivamente ‘visual’ y (...) tampoco debemos rompernos la cabeza para saber cómo el resucitado puede entrar en relación con nuestro mundo (...) El resucitado está igualmente presente cuando no se le ‘ve’, como lo está hoy (...) Solamente ‘se deja ver’ en ciertos momentos, cuando quiere y a quien quiere (cf Hch 10,41). E. CHARPENTIER, ¡“Cristo ha resucitado”! Cuadernos bíblicos, 4, p. 54, Verbo Divino, Estella, Navarra, 1976.

alusión a la resurrección de Cristo. Finalmente, el tercer preámbulo, (petición) [221] se concentra de nuevo, por completo, sobre Cristo resucitado, sobre su gloria, sobre su gozo de resucitado que se suplica compartir. Una vez establecidos los preámbulos que deben servir para revelar el sentido del misterio, toda la contemplación se desarrolla alrededor del Cristo que resucita y se aparece a nuestra Señora.

Entre las apariciones, para Ignacio, ocupa el primer lugar *la aparición a María* que no figura en ninguno de los 4 Evangelios. En este punto de los Ejercicios Espirituales el estilo de Ignacio, tan sereno, parece animarse y salir a la defensa de esta contemplación: “*apareció a la Virgen María, lo qual, aunque no se diga en la Escripura, se tiene por dicho, en decir que apareció a tantos otros*” [299]. Para él, esta aparición es obvia y de sentido común, apoyándose en una cita de Mateo: “*También ustedes están todavía sin entendimiento?*”-15,16-; “*porque la Escripura supone que tenemos entendimiento*” [299]. La inteligencia espiritual de la fe es pues, su argumento, como lo refuerza el evangelista Juan cuando dice: “*Hay además muchas otras cosas que hizo Jesús. Si se escribieran una por una, pienso que ni todo el mundo bastaría para contener los libros que se escribirían*” (21,25; cf 20, 30-31). Si se apareció a más de 500 discípulos juntos, como dice Pablo, (1 Co 15,1-8), ¿cómo no se iba a aparecer a la única que permaneció siempre firmemente con él hasta la cruz? Esta contemplación es también el fruto del gran amor de Ignacio por la nueva dama de sus pensamientos, María², la “*bendita Madre*”.

«*La primera de los redimidos, María, fue también la primera en conocer el secreto divino de cada uno de los misterios de su Hijo, y la primera en conocer su Gloria. Por lo demás, no es solamente una prioridad de tiempo de lo que hay que hablar: María es la primera porque todo lo que le pasa a la Iglesia y a sus miembros se encuentra realizado en ella*»³. Y en esta contemplación privilegiada, Ignacio incluye todas las demás contemplaciones de Cristo resucitado. María recibe de su Hijo la consolación, como será la primera en recibir al Consolador, el Espíritu Santo. Una vez más, la Virgen recibe todo de su Hijo y su papel es el de unirnos al misterio total de la Pascua, muerte y resurrección.

María, la destinataria de la primera aparición, ocupa aquí un lugar preeminente, no solo entre todas las mujeres (las primeras a quienes se dejó ver el Resucitado) sino entre todos los hombres, aun entre los elegidos, como los apóstoles y testigos. Durante el tiempo que su Hijo estuvo en el sepulcro ella fue la “*conciencia*”, la figura de la humanidad, porque solo ella conservaba viva la llama de la esperanza en la resurrección del Señor crucificado. Ella sola guardaba la unidad de Cristo uniendo su pasado (su dolor) con el futuro (su gloria). Por eso a ella pertenecía, como a la primera, la manifestación de esta unidad nueva del Cristo glorioso⁴.

Así como nuestra Señora fue la primera en recibir la aparición de Cristo, Palabra encarnada del Padre en el mundo, así también fue la primera en recibir la

² El lenguaje de Ignacio aquí es firme y no deja lugar a dudas . Al hablar de esta aparición (la primera de todas) a María, dice simplemente, sin más que se le apareció, sin atenuante ninguno. En cambio, cuando “supone” que se debió aparecer a José de Arimatea anota expresamente: “ *como piamente se medita*” [310].

³ GIULIANI, M, S. I., *Notre Dame dans les Exercices*, Christus, n. 183, juillet, 1999, p. 359.

⁴ Cf. POUSSET E., S.I., *La Vie dans la foi et la liberté. Essai sur les Exercices Spirituels de St. Ignace*, C.E.R.P., p. 117.

manifestación de la nueva vida de Cristo en la resurrección. La soledad dolorosa de María (que también hace contemplar Ignacio⁵), es el puente por donde pasa la pascua de Jesús (del Cristo histórico al Señor de la gloria), hasta poder felicitarla con la liturgia: “Reina del cielo, alégrate, aleluya, porque ha resucitado verdaderamente el Señor, aleluya”!

María estuvo asociada íntimamente a la pasión y muerte de su Hijo. Así también debió ser glorificada con él, como lo indica Pablo: “*ya que sufrimos con él, para ser también con él, glorificados*”(Rm 8,17). En el encuentro con el Hijo glorificado es donde se ilumina más el papel de la maternidad espiritual de María, Madre de la Iglesia. El gozo pleno es el coronamiento del amor.

Por otra parte, Ignacio, al poner en los Ejercicios esta primera aparición del Resucitado a su Madre no es un innovador ni un solitario de la tradición de la Iglesia. Tanto antes de él como después, varios/as autores/as espirituales han señalado esta significativa contemplación. Ya Ludolfo de Sajonia, el cartujo de la “Vita Christi” que Ignacio meditó en Loyola, la señala en el capítulo 70 y aduce los testimonios más o menos explícitos de los Santos Ignacio de Antioquia, Ambrosio y Anselmo. Además, se invocan los testimonios de Sedulio (s. V), san Paulino de Nola, san Alberto Magno, san Bernardino de Siena. Y después de Ignacio, el eco de esta contemplación resuena en Sta. Teresa de Jesús, san Lorenzo de Brindis, Benedicto XV, Olier, Juan Pablo II y otros más.

Sta. Teresa de Jesús anota este significativo pasaje: “*Díjome (nuestro Señor) que en resucitando había visto a nuestra Señora, porque estaba ya con gran necesidad. Que la pena tenía tan absorta y traspasada, que aun no tornaba luego en sí para gozar de aquel gozo (por aquí entendí esotro mi traspasamiento, bien diferente; más cuál debía ser el de la Virgen!); y que había estado mucho con ella; porque había sido menester hasta consolarla*”⁶.

El Papa Juan Pablo II habló al respecto en una audiencia general del miércoles 21 de mayo de 1997: “*La Virgen presente en la primera comunidad de los discípulos (cf Hch 1,14), ¿cómo podría haber sido excluida del número de quienes se encontraron con su hijo divino resucitado de entre los muertos?*”

“*Antes bien, es legítimo pensar que –verosímilmente- la Madre fuera la primera persona a la que se le apareciera Jesús resucitado*”.

Y en una alocución en el santuario de Nuestra Señora de la Alborada de Guayaquil dijo: “*Los Evangelios no nos hablan de una aparición de Jesús resucitado a María. De todos modos, como ella estuvo de manera especialmente cercana a la cruz del Hijo, hubo de tener también una experiencia privilegiada de su resurrección*”⁷.

⁵ Cf EE., 208, 7º día: “*Asimismo considerando la soledad de nuestra Señora con tanto dolor y fatiga*”.

⁶ Sta. Teresa de Jesús, Obras Completas, Relación 15.,6º, Ed. Manual. Revisado y notas por fray Tomás de la Cruz, O.C.D., Ed. Monte Carmelo, 3ª. Edición, 1982.

⁷ “*La figura de María en la Aurora de la Redención y en nuestra vida de hoy*”, 31 de enero de 1985, en Mensajes. Visita apostólica de SS. Juan Pablo II a Venezuela, Ecuador y Perú. Ed. Conferencia Episcopal ecuatoriana, p. 178. En cambio hay algunos autores, como F. Varillon, S.I. que dice que esta contemplación es una ingenuidad de Ignacio ya que María no habría necesitado ninguna confirmación sensible. (Cf. *La Pâque de Jesús. Un semaine de méditation d'Évangile*. Texte présenté par Charles Ehlingher. Bayard Ediditons – Centurion, 1999, p. 148. C. M. Martini, S.I. dice que dado que los

Al método de contemplación indicado antes en las dos semanas anteriores, Ignacio añade aquí otros dos puntos específicos de la Cuarta semana. Vuelve a centrar en ellos su atención directamente en el Cristo resucitado. En primer lugar [223], el 4º punto que había citado al inicio donde nota que la Divinidad que parecía ocultarse en la pasión refulge de nuevo.

En segundo lugar, [224] mirar el oficio de consolar, que Cristo nuestro Señor trae, así como unos amigos suelen consolar a otros que están en aflicción. La ‘consolación’ es “el don de Dios que hace experimentar en la fe (y en el presente, todavía en esperanza del cumplimiento futuro) el sentimiento de ser llevado, aun en la existencia aparentemente quebrantada y sin salida, por el amor soberano e incomprensible, de Dios en Cristo”⁸.

El coloquio, de acuerdo con el tema, nos invita a dialogar con María, la bendita por su Hijo resucitado, la “Causa de nuestra alegría”, la que preanuncia y vive la “nueva vida” que trae el Cristo el ‘Kyrios’, el Señor de la gloria.

Esta primera contemplación de la Cuarta semana, según la 1ª nota [226], sirve de pauta: El ejercitante se debe regir por ella en cuanto a los preámbulos, según ‘subiecta materia’; y en cuanto a los 5 puntos sean los mismos.

Ignacio, que va siempre en búsqueda de Dios nuestro Señor en todas las cosas, lo encuentra resucitado, como autor de la nueva vida, a través de María, como a través de ella lo había encontrado inicialmente en la Encarnación y en Belén especialmente.

Darío Restrepo L., S.I.
(marzo de 2001)

Evangelios no la narran, (o porque no sucedió o porque si sucedió, los evangelistas no lo supieron o porque resultaba tan obvia que no era necesario hablar de ella) prefiere no proponerla como puntos de meditación. Quizá María es la que creyó sin haber visto (cf. *Una libertad que se entrega. En meditación con María*. Sal Terrae, Santander, 1995, p. 163.).

⁸ Petit Dictionnaire de Théologie Catholique, p. 95.